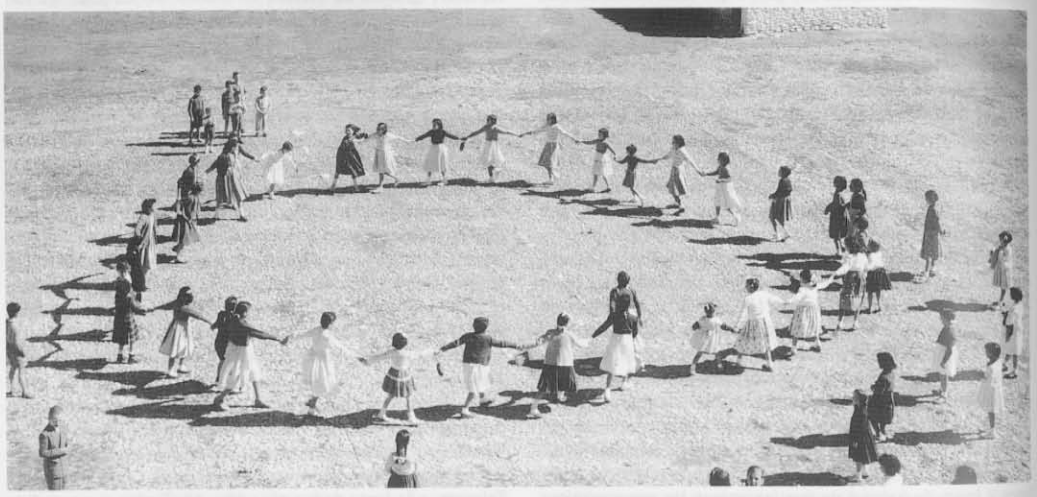
Nicolás Müller: luz domesticada

José Rivero Serrano



N. Müller: Niñas jugando al corro. Argamasilla de Alba, 1960.

A veces ocurre, no siempre, pero sí algunas veces. Vemos fotos de alguien desconocido hasta ese preciso momento, y a partir de entonces, a partir de ese momento de revelación, no lo olvidaremos nunca; no olvidaremos esa maestría inexplicable de luces y sombras, de esquinas y tejados, y esa capacidad excitada para expresar con tan pocos ingredientes, tantas sensaciones y retenerlas congeladas. Como si una profunda sabiduría durmiera bajo los párpados que han sabido mirar de otra forma y con ello hacernos partícipes de sus ensoñaciones. No me pregunten que mueven tales impulsos ciegos; pero si es evidente un estremecimiento de la dignidad de un oficio, una sensación misteriosa de la vida como un fluido continúo y el reconocimiento de verdades ocultas que rara vez emergen sino es de la mano del que sabe convocarlas. ¿Son ciertas las fotos de Josip Ciganovic sobre Ciudad Real? ¿Qué explicita el universo mineral y riguroso de Laurent?, ¿son inventadas algunas secuencias de los collados de Campo de Criptana de Catalá-Roca?, ¿y algunos misterios de Eduardo Matos, son fingidos? ¿y las figuras hieráticas y distantes de Nicolás Müller son reales o son inventadas? No se si Juan Gómez Molina y Cristina García Rodero han bebido en esas fuentes misteriosas de la memoria; pero su trabajo no resulta explicable sin tales precedentes de luz y de lejanía.

Conocí el trabajo fotográfico de Müller que acompañaba el libro "Rutas de España: Toledo, Ciudad Real, Cuenca y Albacete" y adiviné que allí había un pedazo de fotógrafo y unas

RESUMEN:
Incluimos esta semblanza acerca de este fotógrafo húngaro afincado en España, porque a él se deben algunas de las mejores imágenes que de la época franquista conservamos, de entre las realizadas en Castilla-La Mancha. Además de fotos de monumentos y paisajes, realizados por lo general para guías turísticas o libros oficiales, Müller captó como nadie, con un lenguaje neorrealista, rostros y personas de esa España profunda que hace menos de un soplo que acaba de perderse para siempre.

Centro de Estudios Literarios de Castilla-La Mancha

N. Müller: Escuchando al gobernador. Argamasilla de Alba, 1960.

fotografías memorables de los primeros años sesenta y últimos cincuenta, poco conocidas y poco difundidas. Años en los que incluso, Müller ilustra trabajos tan significativos como 'De nuestra arquitectura popular' de José Luis Fernández del Amo, en la revista *El Inmueble*, dirigida aún por Carriedo y Ángel Crespo. Las imágenes de Tembleque, de Villanueva de los Infantes, de Carmona o de Arcos de la Frontera, participan por igual de un nexo común inexplicado. Más allá del carácter de muestras de escenarios populares, late un identidad común de sombras y luces, de escenarios rurales inquietados si acaso por el imperio de una bicicleta o por el coletazo de un mulo. De una España, en suma, sobrecogida y sobrecogedora; de niños aún inocentes y un poco asustados. Documentos que transmiten una extraña sonoridad, pese a su silencio magnífico. Igual que Ciganovic retrataba al cura en el castillo de Calatrava la Nueva con una profundidad misteriosa o que Catalá dibujaba el atardecer del carro, las mulas y los muleros junto a un enigmático molino de Criptana, Muller nos ofrece también esas dos mujeres de negro apelmazado, que desplazan a un mulo sumiso y cargado de fardos, por la calle Camarín de una ciudad perdida. Ciudad Real con calles empedradas de adoquines, tapias en lo que aún no era Palacio de Justicia sino un solar huérfano, colindante con dependencias del Seminario y dominios de lagartijas de plata, y el edificio en el que se asentaba el Frente de Juventudes de una copetuda FET y de las JONS. Imágenes insólitas del Cerro de la Paz de Criptana que se oscurece, con un grupo humano en primer plano vestido, enteramente, de negro como en una película neorrealista, porque estas fotos participan de esas valecnias duras y secas que van de Zavattini a De Sica, de Rosellini al primer Visconti, y hasta Bardem y Nieves Conde. Igual que los paisanos que huyen sin sentido y sin explicación por la carretera serpenteante de Mota del Cuervo; un poco ateridos y otro poco alucinados. O los dominicos en carrera por el claustro bajo del convento de la Asunción de Calatrava en Almagro, que ya hubiera querido capturar Gregorio Prieto en gestos tan mundanos, esforzadas y prosaicos de un peloteo o una carrerilla.

Pese a la importancia de su trabajo, Nicolás Müller no ha encontrado acomodo en las últimas realizaciones que antologizan fotografías y fotógrafos de Castilla-La Mancha. Por eso y porque el libro citado no era mío, sino un préstamo de Alfonso González Calero, conservé digitalizadas algunas imágenes. Tiempo después supe del trabajo de Müller en Marruecos desde donde llegó a España a través de Fernando Vela. Incluso conocí algunas fotos suyas que fueron publicadas a raíz de su exposición de Málaga en 1995. Hace unos días he vuelto a ojear los papeles que conservo sobre la muerte de Muller, a los 86 años en Asturias. Y he podido recordar algunos datos de aquel artesano de la luz, cuyas fotos me cautivaron.

Nacido en Hungría, en Oroshaza en 1913, pertenece a ese grupo de fotógrafos centroeuropeos significativos del aluvión y de la huida; entre los que se encuentra Capa, Brasaï y Kerstéz. Instalado en España en 1947, es conocido por sus relaciones con la gente de Revista de Occidente y por su amplia labor de retratista de los intelectuales españoles del momento: Ortega, D´Ors, Azorín, Baroja o Pancho Cossío. Un Baroja estirado que toma Nicolás Müller en el Parque del Oeste (¿1954 o 1955?), rodeado de pinos es una buena muestra de su mirada, a caballo del retrato y de cierto paisaje implacable. La foto de Müller resume un momento de luz de tarde, el sol ya en el declive, el Parque asolado y bien asolado. Un sol bajo y casi horizontal traza sombras que llegan hasta los pies mismos de Baroja y componen una trama que compite con la verticalidad de los pinos y la pequeñez de algunos bancos de juguetería. Baroja, abrigado y tapado con el capelo soberbio, la mano derecha en el bolsillo y la izquierda acomodada a la riñonera que tal vez duela, es como un pino más: solo, seco y altivo. Pero no es sólo un pino, por más que su sombrero retome la idea de las copas pobladas de los pinazos. Baroja es el mismo un enigma, con la luz a la espalda, que camina apenas y sólo parece parado ante la curiosidad insólita del fotógrafo Müller, que no vemos, pero presentimos tras la sombra arrastrada del primer pino.

Pero para mí Müller será recordado como el fotógrafo que me fascinó a través de las páginas de un libro menor de viajes provinciales con imágenes que permanecen en el recuerdo imposible de un tiempo que dura y se desconoce. ■

Instituto de Estudios de Castilla-La Mancha